

EL CUARTO
DEL SIROCO



Álvaro Valverde

TUSQUETS
EDITORES

Nuevos textos sagrados

ÍNDICE

PORTADA
SINOPIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
LA STANZA DELLO SCIROCCO
CITAS
A MODO DE POÉTICA
ELOGIO DE LA PÉRDIDA
SOLO DE TEXTO
ÁRIDA VIDA
HOMENAJE A MARÍA ZAMBRANO
CASAS DE AZUAGA
BAÑO
JUANRAMONIANA
MÍNIMA
CINCO POEMAS DE AMOR
TOTO DIXIT
EN OTRA PARTE
DOS MEDITACIONES
VENTANAS
EN EL MOLINO
UNA ELEGÍA
AQUILES
INTERIOR (HAMMERSHØI)
TRATADO DE ARQUITECTURA
AQUÍ
CANCIÓN DE ANIVERSARIO
UN VIAJE
FUENTE DE LOS ALISOS
POSTAL
UNA METÁFORA

NATURALEZA PENSATIVA
UN VIAJE A LISBOA
HOMENAJE
CONSTATACIÓN
RIBERA DEL MARCO
EL LECTOR
FUERA DE TEMPORADA
HACIA DENTRO
MEDITACIÓN EN EL SUR
NO HUMO
MI JARDÍN
REGRESO
EL CUARTO DEL SIROCO
EL MIRLO
OTOÑAL
LA POESÍA
VIEJO CEREZO
FINAL
DICE LLAMARSE
MIRADA
PINTOR
ESCALERA
POMPEYA, MMXIV
OVAS
GRAFITI
FUTURO
LAS NOGALEDAS
MEDITACIÓN EN BOHEMIA
JARDIM DO PAÇO
KARDAMILI
EN LA TERRAZA
LO DE SIEMPRE
LA VIDA
MUJERES
LA LUZ
LEYENDO A JIMÉNEZ LOZANO
TRISTEZA
MONTAÑAS
LOS MUERTOS
NOCHE
TORRE DE LA HIGUERA

CANCIONES

ÉVORA

CAMPO DE ROBLES EN WAMEL

ASÍ

LECCIÓN

CANDELARIO, 8 DE AGOSTO

INÉS

AZUFAIFO

AQUÉL

NOTAS, AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIAS

CRÉDITOS

SINOPIS

En las casas patricias sicilianas había una habitación donde las familias nobles se guarecían mientras soplaban el temible siroco, impetuoso viento del sudeste que atraviesa el Mediterráneo procedente de los desiertos del norte de África. La stanza dello scirocco, en italiano, era un refugio que se puede interpretar también como metáfora de la poesía. Y de la vida, que es lo mismo. No en vano Leonardo Sciascia se preguntaba si ese cuarto no existía para «defenderse del pensamiento de la muerte». Luis Landero dejó dicho que los libros son «los mejores y más seguros escondrijos». La poesía puede servir de defensa contra el viento furioso de la existencia. Estos poemas querrían servir a sus lectores siquiera como precario cobijo ante la adversidad.



Marginales 303

Nuevos textos sagrados

Colección dirigida por
Antoni Marí

Álvaro Valverde

EL CUARTO
DEL SIROCO

TUSQUETS
EDITORES

A Yolanda, Leticia y Alberto.
Y a Carlos.

LA STANZA DELLO SCIROCCO

Cuenta Leonardo Sciascia en *El caso Moro* que en las casas patricias sicilianas había una habitación donde las familias nobles se guarecían mientras soplaba el temible siroco, impetuoso viento del sudeste que atraviesa el Mediterráneo procedente de los desiertos del norte de África. Un viento que tanto me recuerda al violento levante gaditano que airea los lentos veranos de mi memoria conileña. O el que orea Tánger.

A «la toma moresca dei venti» se refirió Lucio Piccolo, el primo de Lampedusa, en su poema «Scirocco», y a esa *camera* alude Bufalino en varias novelas.

La stanza dello scirocco, en italiano, era un refugio que uno interpreta también como metáfora de la poesía. Y de la vida, que es lo mismo. No en vano el escritor de Racalmuto se preguntaba si ese cuarto no existía para «defenderse del pensamiento de la muerte».

Luis Landero, de esta suerte de Sicilia sin mar llamada Extremadura, otra isla, dejó dicho que los libros son «los mejores y más seguros escondrijos». Sí, «nada como esconderte en un libro».

Desde la adolescencia, uno ha encontrado en el ejercicio de leer y de escribir versos la pasión y el consuelo necesarios para afrontar las sucesivas rachas que el viento furioso de la existencia bate contra cualquiera. Como quien, «en medio de la desolación» —diría Ricardo Piglia—, construye «pequeños resquicios para evitar la tormenta»; como alguien que «edifica, absurdamente, murallas». Ojalá estos poemas, en fin, sirvan también a sus presuntos lectores siquiera como precario cobijo ante la adversidad.

Á. V.

Y con relación a cuánto la poesía de uno
debe «reflejar la experiencia de uno», no creo que se pueda evitar.

La poesía es la meditación de la vida.

KENNETH KOCH

Hay demasiado de mí en mi escritura.

ANNE CARSON

I felt Siroccos —crawl—.

EMILY DICKINSON

A MODO DE POÉTICA

Como el agua,
que limpia se detiene en esas balsas
formadas por las hojas cuando obstruyen
el frágil discurrir de la corriente.

Como el agua,
que pasa y que no vuelve sobre un cauce
de arenas y guijarros.

Como el agua,
que, toda claridad, es espejismo
que revela cercano lo distante.

Como el agua,
que la mano atraviesa confiada
y nunca, sin embargo, toca fondo.

Como el agua, metáfora y verdad.
Sí, como el agua.

ELOGIO DE LA PÉRDIDA

Es en esas ciudades
donde nunca has estado,

en las líneas de un libro
que tú aún no has leído,

entre aquellos recuerdos
que el olvido arrebató,

en las notas de música
que jamás escuchaste,

en los tenues aromas
que tan sólo imaginas,

en las acres especias
que evocara tu lengua,

en aquellos paisajes
que tus ojos no han visto,

en las breves estampas
que se escapan del día,

o en cualquier edad muerta
que tampoco viviste

donde al fin estás tú.

SOLO DE TEXTO

1

Contemplo en lo que veo
la sed de otra distancia.

Si tres casas o el rojo
de un viaje imposible,
si tres rayos o el sol
que conmina al silencio.

La vasta geografía que miro
y que me mira
descansa sobre el mapa
soñado del geómetra.

El ojo busca luz donde la noche
enciende su memoria de infinito.

2

Despojada la mano
del agua de los sueños
y de la voz del viento
retenido,
vengo hasta aquí
para encontrar refugio
de la incesante lluvia
que cae desde el pasado.

ÁRIDA VIDA

arida vita

LEOPARDI

En medio del silencio,
que sólo rompe el agua
en su transcurso,
esta tarde de agosto,
en la que el campo invita
a un dulce sentimiento del otoño,
leo, como otras veces, a Leopardi
y su voz se hace mía, contra el eco
de lo que el mundo grita
y yo no oigo.

Aquí, de solitario a solitario.
A la espera inminente de la noche
que traerá con la luna
esa luz de los sueños
que ilumina las sombras
de mi árida vida.

HOMENAJE A MARÍA ZAMBRANO

Como en ese dibujo de Laffón
donde se aprecia
un estrecho camino
que se interna en la fronda.

Le flanquean, precisas,
las orillas de un mundo
que al cabo nos parece impenetrable.

El sendero es en sí mismo una frontera
entre la luz, que brilla encima, y la negrura
que se intuye inquietante
tras la vegetación y entre los árboles.

Al final, un recodo
marca la dirección por la que huye.

Y allí una intensidad desconocida.

Un fulgor que anticipa
el claro de otro bosque:
el de la vida.

CASAS DE AZUAGA

La vida es una calle que me lleva
esta tarde de octubre hacia mí mismo.

A los lados veo casas asombrosas
que muestran un pasado que no existe.

¿Cómo puedo sentir nostalgia ahora
de una existencia que de pronto invento?

Si nunca he estado aquí, ¿cómo es posible
que me parezca que lo estuve siempre?

Veo sus puertas altas, clausuradas;
fachadas donde el blanco prevalece.

Alcanzan dos alturas. Sus balcones
son ciegos miradores con persianas.

Casas grandes, como ésas de Sicilia,
que son, en cualquier caso, del verano.

Mansiones luminosas en sí mismas
que emiten una luz que irradia ardiente.

Miro a lo alto. Sobre sus azoteas
se observa el cielo inmenso del estío.

Un cielo cereal, de tierra extensa.
O almagre, como el tono de estos campos.

Casas donde los patios se adivinan
como espacios de sombra y de sosiego.

Con estancias vacías invadidas de polvo
y salones cerrados donde el sol no se adentra.

Casas de voces lentas, de susurros
que temen desprenderse del silencio.

Casas del diecinueve, sin alardes;
señoriales sin más por su belleza.

Inventas interiores en penumbra
y las conversaciones que allí duermen.

Son vestigios de un tiempo que ya es póstumo.
Restos ya de una edad que fue arrasada.

Están ahí, delante de tus ojos,
para darte noticia del que fuiste.

BAÑO

Ayer, en el molino,
me bañé otra vez solo
en el estanque.

Como siempre, al entrar,
aquél me pareció mi primer baño.

Como siempre, al salir,
tuve la sensación
de que era el último.

JUANRAMONIANA

El cielo, puro azul,
el agua, limpia;
el viento, seco y frío;
la luz no, nunca usada.

Agosto como abril
y el sur, septentrional,
como la nieve.

MÍNIMA

El breve son
del pájaro
en la rama:
la escueta,
intensa levedad
del aforismo.

CINCO POEMAS DE AMOR

1

Para siempre
parece mucho tiempo,
pese a todo,
yo te dije una vez
que ése era el plazo
que me daba, sin fin,
para quererte.

2

Hubo un tiempo,
recuerdo con nostalgia,
en que un viaje contigo
era una ruta
segura hasta el infierno.

3

Nuestro amor,
bien lo sabes,
no es perfecto;
ni maldita
la falta que nos hace.

4

Brilla más la mañana
porque tú,
asomada al balcón,
das luz al sol.

Esta palmera, amor,
es más que un árbol:
es el testigo fiel
de lo que fuimos
y el testigo veraz
de lo que somos
y el testigo de aquello
que ya nunca seremos.

TOTO DIXIT

Soy como ese ladrón
que visita a diario
una casa vacía
sabiendo, de antemano,
que no hay nada.
Y vuelve, sin embargo.
Si es preciso, también
mañana y tarde.

Así, me digo a ratos,
es mi alma:
sin nada en su interior
—doy fe de ello—,
pero donde me pierdo
confiado
en busca de un tesoro
cada día.

EN OTRA PARTE

Puestos a suponer, uno imagina
que su vida habría sido muy distinta
si le hubiera arrancado a su destino
una serie de pasos diferentes.

Hasta una casa antigua, por ejemplo,
en un pueblo perdido o muy lejano
de una de esas comarcas interiores
con fama de atrasadas y remotas.

Sujeto al dulce amor de otra costumbre,
el tiempo pasaría entre lecturas
(de libros, de personas, de paisajes)
al cobijo horaciano de una parra.

Saldría de paseo por las tardes,
como un viejo maestro desterrado
por una carretera sin salida
flanqueada por olmos centenarios.

En las noches más duras del invierno,
al atizar las llamas de la lumbre,
sus formas sugerentes me traerían
escenas olvidadas del pasado.

Desde el balcón abierto, en el verano,
la luz incandescente ocuparía
el espacio vacío de la estancia
como un símbolo antiguo de lo nuevo.

Un día, no obstante, al contemplar

la tapia y el ciprés del cementerio,
tendría la certeza de que todo
habría sucedido casi en vano.

Ese triste fantasma solitario
que imaginó su vida en otra parte
entenderá por fin que todo ocurre
a espaldas del sentido, sin porqué.

DOS MEDITACIONES

1

Uno no se acostumbra
a estar siempre muriendo,
a irse desplazando
poco a poco
camino de un lugar
donde le espera
su verdadero ser,
que es su destino.

2

Es en la luz
donde crece la noche
y se espesan las sombras
del olvido.

Es en la oscuridad
donde los días
se aligeran al sol
de la memoria.

VENTANAS

Sobre el cristal,
los rastros de las frentes
que al pasar
aquí depositaron su dolor.

EN EL MOLINO

La escena es conocida:
canta en la rama un pájaro sin nombre,
la garganta susurra su rodar incesante,
los cerezos dan luz a la tarde grisácea
y los niños, al fondo, juegan en el pasado.
Uno se sienta aquí, en el sitio de siempre,
y lee o escribe aún el mismo libro.
Sólo nos faltas tú. Dabas sentido
a lo que, contra el tiempo, levantaste
con clara voluntad de permanencia.
Eso que, estés o no,
será la cifra,
el genio y la razón
de este lugar.

UNA ELEGÍA

Esta casa refleja en su interior el laberinto que la ciudad levanta con sus calles; estancias que proyectan su penumbra contra la cal desnuda de los muros; pasillos tortuosos, rincones escondidos, ventanas clausuradas que conducen a aquella habitación de sombra y humo perdida en la alta noche de La Habana; a un patio donde llueve en el pasado, en medio de una tarde parisina; o a un cuarto de Ginebra o a un barrio de Lisboa o al burgo de Augasquentes o al centro metafísico que ocupa, por defecto, cualquier plaza del sur. Allí, los libros. Y, con ellos, las voces que conversan con palabras selladas, de difuntos, y en lenguas diferentes reconstruyen el himno de Babel. Al fondo, una escalera. Subirla es ver la luz. Viniste aquí por ella. Es la luz perseguida que nos ciega los ojos para invertir, al cabo, la mirada y llevarla hacia dentro, hacia el fondo innombrable del alma de las cosas. Ya arriba, en la azotea, está el desierto. Se extiende, como un mar, tras la alcazaba. Es el mismo desierto que has venido cruzando cada día de vida; el que cruzas ahora, camino de tu ser y de tu muerte.

AQUILES

Aquí, en Esciros,
en el dulce jardín del gineceo
donde mi madre, Tetis,
me ocultó de este mundo;
con mi amor, Deidamía,
embarazada de mi hijo;
sin virtud, sin historia,
espero ansioso
la llegada a la orilla de las naves.
Ulises, el guerrero,
viene a llevarme a Troya.
Ya he resuelto el dilema:
en lugar de vivir
como un dios inmortal
elijo ser un hombre, sólo alguien
que funda su destino
(como el mejor ciudadano de la polis,
como el mejor aqueo)
en la digna certeza de la muerte.

INTERIOR (HAMMERSHØI)

Yo soy esa mujer que lee de espaldas.
La cámara vacía. En la pared, un cuadro:
el ajado retrato de una dama
que pudo ser incluso de los nuestros.
Frente a mí,
hay una puerta abierta.
Me angustian los espacios clausurados.
Da a un oscuro pasillo.
Le llega luz del fondo, de una galería
donde el escaso sol del norte
se refugia en las tardes como ésta.
El silencio me ayuda a concentrarme.
Sólo de vez en cuando cruje
la madera del suelo. También la de los muebles
antiguos de caoba.
Huele a cera y a húmedo
y al dormido perfume
de unas flores que evoco
porque ya pertenecen al pasado.
Mi vestido no es negro por capricho.
Cualquier otro color es en mí extraño.
Sólo los libros
me sirven de consuelo
en estos interiores donde habita
la sombra y la penumbra.

TRATADO DE ARQUITECTURA

Según Barba Corsini,
vivimos en los restos;
en el escueto espacio
que permanece
entre las carreteras.
Él, sin embargo, piensa
—como el mítico Gropius,
al que conoció en Boston—
que las personas son el centro,
que son ellas —vamos, nosotros—
quienes debemos decidir.
Por desgracia, no ocurre.
Lo dice alguien
que decidió hace tiempo
suprimir las teorías
y ponerse a pensar.
En la felicidad de sus clientes,
por ejemplo. En construir
casas sencillas para hacer habitable
nuestra vida compleja.
Bienestar es su expresión favorita.
Casas, en fin, que emocionen.
Y que humanicen los lugares.
Porque lo más humilde
es siempre, dice él, lo más humano.
El manantial, de Vidor,
le cambió la vida.
Confiesa que ha aprendido con el tiempo
que lo mejor es que te pidan
aquello que tú quieres.

AQUÍ

Estás sentado solo frente al valle
con un libro en las manos
que abandonas a ratos
para poder mirar,
con la calma debida,
cuanto la vista alcanza.
Suenan el silencio. A veces,
el rumor de las ramas
o el canto intermitente de algún pájaro.
Respiras hondo. Ves.
Aprecias uno a uno los momentos
que te concede este vivir al margen.
No haces tuya la queja
de los que quieren irse
pero que aplazan siempre
la ocasión de su huida.
Permaneces aquí
por propia voluntad:
es éste tu lugar.
Tú eres de él.

CANCIÓN DE ANIVERSARIO

«... con el amor a cuestas»

MIGUEL HERNÁNDEZ

Con la misma insistencia
con que cantan las tórtolas,
con la fuerza indomable
con que sopla el levante,
con la nota perenne
del olor del jazmín,
te he querido estos años.

Si ha sido para bien,
celebrémoslo juntos.
Si todo lo contrario,
tú sabrás perdonármelo.

UN VIAJE

Otra oportunidad desperdiciada.
La de pisar la nieve
de noviembre en Belgrado
y así poder sentirse
ese europeo errante
que camina de espaldas
al horror de la historia.

FUENTE DE LOS ALISOS

De todos los milagros, el del agua
—dijo alguien—,
una humilde verdad que se repite
ante el flujo incesante
de esta fuente escondida
entre alisos y zarzas
donde cesa el verano
esta tarde de agosto.

POSTAL

Este lugar al sur,
con plazas recoletas
que asombran
grandes árboles,
esta ciudad dorada
por el sol de poniente,
encierra algún secreto
que me cuesta encontrar.

Se intuye en las fachadas
donde se filtra el ocre
de las casas de campo
que están a las afueras.
En las fuentes con agua
que vierten las acequias
de las huertas cercanas.
En delgadas palmeras
con penachos muy verdes
que, sin estar, flanquean
las callejas del centro.

El misterio no es tal.
Es esta atmósfera
que expresa en su quietud
lo que era inmediatez
y es lejanía.

UNA METÁFORA

No sé qué es más hermoso
si la visión de estos bancales
rojizos de cerezos
que resaltan al sol
entre el tono oro viejo
de castaños y robles
o el recuerdo de aquéllos
que hace meses brillaron
blanco puro en lo azul.

Las hojas son ahora
como brasas que cuelgan.
Entonces eran llamas
ascendiendo a lo alto.
Allí todo era ímpetu
y promesa incumplida.
La esperanza del fruto
que celebra el verano.
Aquí el acabamiento
del invierno que llega.
Allí, la desazón.
Aquí, el sosiego.

NATURALEZA PENSATIVA

Iba en mis pensamientos el amigo
cuando unas simples obras
me cortaron el paso.
Tomé, sobre la marcha,
una calle distinta.
Hacía muchos años
que uno no pasaba
por un lugar tan céntrico
pero al tiempo apartado,
como a veces parecen
los rincones más viejos
de esta ciudad levítica.
Me quedé sorprendido
por el silencio extraño
que la tarde imponía.
Al ver tapias cubiertas
de una hiedra verdísima
que volvía perenne
de otro jardín cerrado.
Venía de leer
en Stevens los versos
de sus últimos años,
en los que declaraba como cierta
una «naturaleza pensativa».
No dejaba de dar vueltas al hecho,
dudoso pero cierto,
de la muerte de Ángel.
El paso de los días,
lejos de aminorarlo,
había acentuado ese dolor.
En la calle, la noche

se instaló por sorpresa.
Mis pasos con el eco
no sonaron tan solos.
Por un momento fui
algo más que una sombra.

UN VIAJE A LISBOA

Huíamos en vano de la ciudad cerrada
y acabamos perdidos en la ciudad perfecta.
El piso luminoso, el suelo blanco,
los cuartos despojados y en penumbra,
los pocos pero doctos libros juntos,
acogieron serenos el cansancio.
Luego llegaron días de paseos y calma
donde todo se hizo tan lento como suele
ser todo en un lugar acompasado a un río.
Tranvías y avenidas y barcos y comercios
fueron haciendo el resto.
Ya no éramos los mismos
que piensan desde el puente lo que cualquier suicida.
Los que ven desde el puerto parecidos naufragios.
Ni los que entre las ruinas de nobles edificios
se dan a ese discurso del fracaso y la muerte.
En la decrepitud, entre la suciedad, bajo la herrumbre,
lo que vimos fue el fuego de una vida distinta.
Todavía nos quema cuando hacemos recuento
y evocamos las tardes sosegadas de junio
en la casa de Ángel, y aquel sol de poniente
hundiéndose, muy rojo, sobre el Tajo.
Volvemos a menudo al sitio donde fuimos
si no felices siquiera afortunados.
Con la melancolía viaja una mirada
que reemplaza aquel mundo
ensayado y vencido.

HOMENAJE

Lo que iba a ser una conversación
entre viejos amigos que leyeron tus versos
con la pasión debida
se ha convertido al fin en un evento
con discursos, placas y autoridades.
Extraños nada más, usurpadores.
Lo dejó dicho Holan: al poeta
no se le perdona ni la muerte.

CONSTATACIÓN

En efecto, el tiempo se nos va
pero el espacio permanece. Es,
dice Stasiuk, «presente eterno».

Tal vez por eso escribo
acerca de lugares.
Sitios donde la muerte
simplemente es más lenta.

RIBERA DEL MARCO

Toda ciudad, lo sé,
es una y múltiple.
Más ésta,
que se ha ido construyendo,
siglo a siglo,
con todos los estratos de la historia.
De los Cáceres que Cáceres encierra
yo prefiero
el que mira a ese río que le falta,
a espaldas de la Parte Antigua.
Allí, edificios que cuelgan
en precario equilibrio,
calles recónditas
y casas escondidas,
torres, muros, palacios,
campanarios de iglesias
y palmeras y lienzos
de una vieja muralla.
Abajo, huertos humildes
y jardines cerrados
y vestigios de bienes
que dependen del agua:
fuentes, pozos, albercas...
Todo un mundo secreto
a la vista de aquellos
que jamás se contentan
con lo que ve cualquiera.
De los Cáceres
que Cáceres encierra
uno se queda
ese ameno rincón,

un lugar que resiste
detenido en el tiempo.

EL LECTOR

Es al atardecer cuando ese hombre
abre la puerta y se aísla en el cuarto
donde guarda los libros.
La penumbra es dorada cuando prende la luz,
que toma por sorpresa su interior escondido.
La estantería es baja. Los volúmenes, pocos
y alineados en orden, el mismo que eligió
para su vida. Toma uno
—encuadernado en piel, como recién comprado—
y se sienta a leer.
El sofá —de terciopelo verde, un poco ajado—
está junto a la lámpara encendida.
Quedan atrás las horas en el banco,
la fiel monotonía, los paseos alrededor
del mismo laberinto, esas conversaciones
rutinarias con unos y con otros,
también con los de casa.
Dura el silencio.
Si levantara la persiana
—cerrada a cal y canto— se verían,
debajo, los jardines.
A lo lejos, el Valle y Santa Bárbara.
En medio, el río.
Pero eso le impediría concentrarse
en lo que importa ahora:
la lectura de obras que, por norma,
relee constantemente.
La *Ética* de Spinoza, por ejemplo.
A veces, no obstante, deja el libro,
toma papel y escribe
con su letra menuda, intraducible,

tanto como esa idea resistente
a ser interpretada con palabras.
Unos discretos golpes en la puerta
le anuncian el final de su retiro.
Es hora de cenar. Apaga, cierra.
La vida espera fuera, la que él lleva,
como cualquier lector, cuando no vive.

FUERA DE TEMPORADA

Imagina uno aquello
silencioso y desierto.

Arenas que nadie pisa,
olas que a nadie mojan.

Restaurantes cerrados,
casas deshabitadas

y paseos vacíos
donde sopla el levante.

Del verano regresan
la luz, unas palmeras.

HACIA DENTRO

Mi vida es interior.
Vivo hacia dentro,
hacia aquello que allí
se oculta oscuro.
A través de los ojos
la luz entra en estancias
vacías y en penumbra
donde el tiempo se muestra
opaco, inescrutable.
A solas y en silencio
me paro a contemplar
lo que me pasa.
En un rincón angosto,
con aspecto de claustro,
donde canta una fuente
que visitan los pájaros.
Desde ese sitio escucho
la vida que a lo lejos
se me va para siempre.

MEDITACIÓN EN EL SUR

En medio de la calle
—estrecha, larga, en sombra—,
la puerta que se abre
a un patio umbrío,
poblado de macetas,
donde el rumor del agua
rememora lo eterno.
El viento queda fuera.
Como la luz que,
desde el mar,
todo lo enciende.
Dentro, cesa sin más
el sonido del tiempo.
Se suspende la vida
para dar paso a un tránsito
que ni es hora ni instante.
Sustituye el silencio
a lo que suena y sobra.
Queda todo a la espera
de que llegue la noche.

NO HUMO

Como Vinyoli,
me he propuesto escribir
poemas concretos.
Versos que aludan a la herida del perro
que curo cada tarde con un espray violeta,
o a esos hombres sentados a la sombra del mundo
—con sombreros de paja y petos color mahón—
que miran de reajo cuanto pasa a su lado.
Yo también envejezco
y como él necesito
realidades, no humo.

MI JARDÍN

Mi jardín es de todos. De ninguno.
Quiero decir que uno carece
de ese espacio privado
que se encierra entre muros
donde crecen los árboles que decidió escoger,
los arbustos y plantas que un buen día eligió
para dar forma propia al paraíso.

No hay senderos de grava por los que ir de paseo
ni laberinto alguno donde acaso perderse
cuando crecen las sombras o tan sólo declinan
dependiendo del sol y de su avance.

Ni llega a mi ventana ese olor que dispersa
la suma de fragancias que emanan de las flores
ni esa vaharada densa que en verano precede
al ansiado frescor de la tormenta.

Soñé con un jardín, pero no existe.
Eso fue en una edad también ajada
bajo tapias de cal coronadas de vidrio.

REGRESO

Uno llega al lugar y lo primero
es siempre esa extrañeza que armoniza
lo que ya es conocido y lo que es nuevo.

Echas la vista atrás, hacia el principio,
cuando unas cuantas tablas
franqueaban el paso,
por encima del agua,
hasta el porche en arcadas
del antiguo molino.
Ése era el puente.

Debajo del de ahora,
la garganta es la misma y tú miras su curso
con idéntico afán, con similar sorpresa,
viendo lo que se ve.
Y lo que se adivina.

EL CUARTO DEL SIROCO

Cuenta Leonardo Sciascia
que en las casas patricias
de la vieja Sicilia
había, desde el siglo XVIII,
un cuarto del siroco.
En él se refugiaban de ese viento
los días que soplaba con más fuerza.
Uno quisiera
que en las horas peores de la vida,
cuando todo se vuelve violento vendaval
y las cosas se ocultan tras un velo de polvo,
existiera una estancia semejante.
Un lugar recogido, a modo de refugio,
en el que cobijarse
del triste pensamiento de la muerte.
Aunque sea inevitable,
como el de Racalmuto revelara,
que, antes de que se le note en el aire,
el siroco se nos clave en las sienas;
que antes de que se anuncie
ya se le sienta, sin remedio,
en las rodillas.

EL MIRLO

No es un pájaro
al que los ornitólogos
ni los aficionados a las aves
destaquen por su brillo o su belleza.
Es redondo y pequeño,
con sus plumas lustrosas
de intenso color negro,
y su pico, en contraste,
y el cerco de sus ojos,
de un tono amarillento.
No imagino su vuelo
lento y majestuoso,
ni siquiera muy hábil
procurándose aquello
que será su alimento.
Sin embargo, su canto,
que se levanta poderoso
antes del alba,
detrás de mi ventana,
como un tenue milagro,
hace del mirlo
la más maravillosa criatura.
Posado sobre el muro,
su trino da sentido a la mañana.

OTOÑAL

Llueven hojas doradas
esta tarde de otoño
suspendida en el tiempo.

Ningún ruido sorprende
al que va junto al río
salvo el que hacen sus pies
al pisar la hojarasca.

Las aguas corren rápidas
(blancas en las pesqueras)
y con ellas va el cielo
que refleja lo gris.

Con las nubes viajan
otras tardes idénticas,
horas dulces que anuncian
lo peor del invierno.

LA POESÍA

La poesía,
sus elucubraciones,
los asedios
que gravitan en vano
—teóricos, abstrusos—
sobre ella.

La poesía
que hoy sólo se me antoja
tan sencilla
como el gesto de alguien
que da un vaso de agua
a quien padece sed.

VIEJO CEREZO

Casi solo,
en un huerto perdido,
ese viejo cerezo
alumbra la mañana.

Sin podar,
sus ramas imponentes
acapanan más flores
que cualquiera que crezca
en el contorno.

Su grueso tronco
no se aferra a la tierra:
la sujeta.

Un mirlo allí emboscado
compone el contrapunto
mientras canta.

FINAL

Se ha muerto Moustaki
como perece
el amor que nació
con sus canciones.

DICE LLAMARSE

«Dice llamarse Juan», se oye en el patio
de un remoto cuartel de la Legión.
Pasan lista. Allí vemos
a los hombres formados
en precisas hileras bajo un sol de justicia.
Un calor africano recuerda las canículas
de su tierra extremeña.

Por la noche, tumbado en la litera,
rememora el viaje que le trajo hasta aquí.
A punto de morir por fusilado
en el puente del Cardenal o el de la Calva,
huyó, como *rojo*, al lugar más seguro:
Valladolid, un nido de fascistas.
«¿Y dónde iba a sentirme más seguro?,
¿quién iba a buscarme en ese sitio?»,
solía responder cuando, asombrados,
le preguntaban otros por la causa.

Del resto de la guerra, no sabemos.
Cruzó ambos frentes,
luchó con los dos bandos,
pasó penalidades, como todos,
pero faltan detalles.
Él eligió el silencio.
Para salvar la vida, se refugió en el sur.
Y se hizo legionario. Dice llamarse...

Escapó una vez más. Llegó hasta Tánger.
Juan se llamaba allí. Ya para siempre.

MIRADA

Sobre la pasarela, contemplando
el río y su transcurso, las orillas,
los árboles sin hojas y el molino,
de equívoco aire inglés;
suspensa sobre aguas turbulentas,
su mirada era digna de un poema.
Era postrera, o eso parecía.
La de un hombre que mira por vez última.
Que quiere despedirse de un paisaje
mil veces entrevisto y otras tantas
observado con calma porque es parte
de aquello que es él mismo.

PINTOR

Me encuentro con él cada tarde.
Cuando voy, viene.
Con su modesto lienzo bajo el brazo.
Algún día lo he visto
aún en la tarea.

A la orilla del río, apoyado
en un muro de piedra
que le sirve en precario de soporte,
pinta un cuadro.

Tiene enfrente la casa
que usa de motivo.
El molino, que llaman,
«de la pared bien hecha».

Apenas entrevista,
aprecia uno maneras en la obra.

Es un señor mayor,
casi un anciano.
Dispone sus pinceles con esmero
y simplemente pinta.
Contra el tiempo, a favor de la belleza.
Tal vez la más humilde.

Como el lugar en que se inspira,
el hombre va ganando la batalla.

ESCALERA

Sólo cuatro escalones
que labrados en piedra
permanecen al pie
del estanque y al lado
de un almendro marchito,
junto a un frágil ciruelo
que una poda dañó,
fijan hoy mi interés.

He subido y bajado
esos toscos peldaños
mil veces.
Y también mi mujer
y mis hijos
y amigos y familia
y, en fin, cuantos pisaron
este aislado rincón.

No obstante, hoy,
esta mañana, se revelan
así, por vez primera.
Como si su existencia no estuviera
ligada desde antiguo a este lugar.

Al mirarlos no he visto
tan sólo cuatro bloques de granito.
Lo que a traición y por sorpresa
he percibido
es la clara conciencia de otro tiempo.
Una edad, se diría,
que resiste a la muerte;

en donde sobrevive,
por ejemplo, el constructor;
memoria cierta
de aquello que subimos y bajamos,
como si no existiera,
a lo largo y lo ancho de estos años.

POMPEYA, MMXIV

A las ruinas se suman nuevas ruinas.
No deja de ceder el suelo aquel
donde se levantara una ciudad
que fue sin duda digna de los dioses.

Es la incuria (y acaso la barbarie)
de esta época atroz y envilecida
la que provoca esta desolación,
quien propicia que muera la belleza
que la lava fijó un aciago día.

Se une el *maltempo* a esa desidia,
testigo, por dos veces, del estrago.

OVAS

Esas algas de agua
que aquí llamamos ovas
también estrenan verde
ahora en primavera.

Un tono tan intenso
como el de todas las hojas,
que debajo del agua
cobra un matiz precioso.

Bailan en la corriente,
las observo moviéndose
y esa danza ondulada
me recuerda que antes,
hace apenas dos meses,
eran sombras apenas
bajo el curso del río.

Han resistido, vencen
a crecidas, a rápidos,
a la cruel turbulencia
del caudal en invierno.

Son un ejemplo, duran,
fueron nada y son todo
esta tarde de mayo
en que esplenden al sol
mientras paso a su lado.

GRAFITI

«Quemaría esta ciudad», lees
en el suelo del paseo del río,
junto a la pasarela de San Juan.

A ratos, te haces cargo
de ese anónimo.

Otras, en cambio,
darías lo que fuera
por salvar de la abulia y del olvido
este lugar.

FUTURO

Por miedoso o tal vez por fatalista
has sido poco dado a los propósitos,
a imaginar el tiempo de mañana,
a hacer planes o a soñar despierto.

Lo dejaste bien claro en un poema
que fijaste al final en *Territorio*.
Tenías veintipocos y ya eras
acaso un melancólico incurable.

«Pero el futuro es nunca, o fue sin darnos cuenta»,
dice el verso que quiso anticiparse
a esta época ajena a la creencia
de que existe el futuro y el progreso.

LAS NOGALEDAS

El verano deserta
en esta poza helada.

A la sombra de árboles
y bajo una cascada,
sus aguas tornan negras
cuando cae la tarde.

El baño es un viaje
al origen del tiempo.

Y tú un hombre feliz
que regresa a la infancia.

MEDITACIÓN EN BOHEMIA

«En años tan intensos como difíciles»

ANTONIO COLINAS

Como el viejo Casanova en Duchcov,
«sólo deseo salvar mi claridad,
sonreír a la luz de cada nuevo día,
mostrar mi firme horror a todo lo que muere».

Ningún lugar mejor para alcanzarlo
que los muros de hojas y madera
de cualquier biblioteca; mejor
si es la que uno ha ido construyendo
y que, volumen a volumen, según Manguel,
es ya una suerte de autobiografía.

Algunos libros, lo sabemos,
ayudan a entendernos y entender,
a desbrozar el caos, esa oscura noticia.
Algunos libros nos consuelan,
remedian a su modo los estragos
del tiempo y de la historia.
Desiertos de armonía y mansedumbre.

Sentado ante la mesa, de espaldas a la luz,
solo, sí, y en silencio,
observo los estantes ordenados y pienso
en el dulce cobijo que esas obras aportan.
Son razón suficiente para cierta esperanza:
que no todo perece, que otra vida es posible.

JARDIM DO PAÇO

«Outro jardim possível e perdido.»

SOPHIA DE MELLO BREYNER

Este país es tuyo, una extensión
del que habitas aquí, ese lugar
que es más del pensamiento que otra cosa.
Tal vez por eso, te vienes a decir,
esta limpia mañana de septiembre
te parece vivida en otro sitio
que es al tiempo el de siempre y el de hoy,
una prolongación de otra existencia
tan consciente y sencilla como ésta.
La tarde en el jardín demuestra al cabo
que la intuición es sólo una verdad
que puede o que no puede cobrar forma.
Por entre los parterres y las flores,
escaleras, estatuas, balconadas;
entre el boj y la piedra, tu paseo
es parte del camino que transitas
fuera o dentro del mismo laberinto.
Éste es barroco, muy siglo dieciocho.
En el agua, de fuentes y de estanques,
reside la armonía de su música.
Los azulejos que en el muro fijan
una ciudad perdida y con murallas
—trasunto al fin de este castillo blanco—
te devuelven la vista de la tuya.
Es fiel a la ideal, en otra escala.

KARDAMILI

Igual que en «Romiosyne», el poema de Ritsos,
el paisaje, sin agua, es duro como el silencio.
Bajo la cal del sol, únicamente luz.

Kardamili, donde vivió *Mihalis*,
al sur del Peloponeso,
un rincón alejado de las costas de Grecia,
es la mejor metáfora, el refugio ideal
para quien fue, ante todo, un perfecto viajero.

La casa se confunde con la tierra;
está en una terraza sobre el mar
y la rodean, con trazas de jardín,
las plantas aromáticas —salvia, romero—,
los míseros olivos, los enhiestos cipreses,
aquello que es capaz de brotar entre rocas.

Es el sitio al que llega el caminante,
en el que el nadador nunca se sacia.

A Patrick L. Fermor, conocido por *Paddy*,
reticente escritor atormentado,
bebedor que con todos conversaba,
incansable lector, héroe de Creta,
debió serle muy grato contemplar cada día
desde este paraje retirado del mundo.

Construyó este lugar como si fuera un sueño.

EN LA TERRAZA

Es Palma. Podría ser Palermo
o cualquier otro sitio de Sicilia.
O Nápoles, una casa de campo
de las muchas que pueblan
las faldas del Vesubio,
como aquélla que vimos
en *Viaggio in Italia*,
el film de Rossellini.

Una terraza amplia
y dos palmeras.
Al fondo, las montañas.
El mar, que no se ve,
se intuye por la luz;
una atmósfera, un tono
que es mediterráneo.

Quien posa es de muy lejos.
Sus rasgos lo delatan.
En su rostro, no obstante,
el color, la mirada
pasarían por nuestros.
Y la melancolía, tan latina.

Alguien que ha muerto
eligió este lugar
para pasar el resto
de lo que fue su vida.
Ella recuerda.
Desde esa barandilla
—la mirada difusa—

triste le piensa.

LO DE SIEMPRE

Calle Arenillas,
tal vez la más judía de este sitio.
Apenas media tarde.
La recorres tú solo mientras hueles
un olor a azahar que salta el muro
del palacio de al lado.
De uno de los últimos jardines
cerrados de Plasencia.
Mientras aspiras
su aroma con placer,
te preguntas si no es impropio
llevar a este poema sensaciones
tan antiguas, acaso, y tan gastadas.
Si es justo y necesario en esta época
volverlas a evocar. Si no es un gesto
impropio de un poeta de este tiempo.
El canto de algún pájaro escondido
—un mirlo, por ejemplo— te disuade.
Cesan las dudas y al momento piensas
que la felicidad, palabra vacua,
sólo es posible ante estos simples hechos:
los mismos que han dejado desde siempre
desarmado y perplejo a cualquier hombre.

LA VIDA

Y uno se pregunta de repente:
«¿qué ha pasado?»
y no sabe quizá qué responder
o lo evita pues teme la respuesta,
por cruel, evidente, innecesaria.
¿Es la cuestión retórica?
Tal vez; con todo, cierta angustia
le sube a la cabeza y en la boca
paladea el sabor del desconcierto.
Sobre la piel, un brusco escalofrío
le avisa del peligro. Una visión
sin forma conocida le da alcance,
y un seco rumor sordo,
que hasta produce vértigo.
Lo que ha pasado, dice, fue la vida.
La mayor parte,
aquélla que debió ser más amable.
La más feliz: infancia, juventud,
primera madurez...
La vida, sí, esa que ahora
se empeña en despeñarse
hacia el final, vejez mediante.
Como entonces, ya ves, y como siempre,
sin que uno siquiera se dé cuenta.

MUJERES

Preguntas, las mujeres. No existen en abstracto. He conocido a pocas. En rigor, a ninguna. Cada una es un mundo. Para el hombre que soy, lejano, extraño.

La primera, está claro, fue mi madre. Si tengo que elegir solamente un momento, que sea el de dejar entre mis manos un zumo de naranja. Estaba enfermo y esa tarde de otoño, melancólica, es ahora memoria adolescente de unos sorbos colmados de dulzura.

De la mujer con quien he compartido cuarenta intensos años de mi vida, ya he dicho algunas cosas. Entre líneas, existe en mis poemas, que al cabo son de amor. Como a cualquier ser misterioso, la imagino.

De nuestra hija, aprecio su dureza, su risa y sus silencios. Su forma de expresar eso que siente con la distancia de lo que es complejo. El amor va por dentro. Así la quiero, y espero que lo sepa a ciencia cierta.

De otras mujeres, tal vez podría hablaros. De mis abuelas, Fausta y Feliciano, por ejemplo. De tías, de primas, de cuñadas. También de compañeras. De amigas, conocidas, saludadas... De vistas o leídas, simplemente.

Si de aquellas cercanas sólo he sido capaz de urdir un par de ideas, ¿qué podría aportar de las que apenas, si acaso, he vislumbrado? Sé muy bien que son seres primordiales que han enriquecido mi existencia. Su forma de pensar y su belleza, cuanto son y a la postre simbolizan, han sido para mí fuerza y consuelo, alegría y verdad. También a ratos, podéis darlo por hecho, pesadumbre y dolor, desconcierto y angustia. Sí, mas con todo, ellas son la fracción que este hombre precisa para serlo al completo.

LA LUZ

La luz, en nuestra casa,
blanqueada con cal,
de mi niñez en Granja.

La de los cielos,
ocazos velazqueños,
de joven en Madrid.

La que vi en Grecia,
en Rodas, aquel día sentado
sobre el sol de la historia.

La eterna de Lisboa,
blanca, al Oeste,
hundiéndose en el Tajo.

Y aquélla de Mallorca,
interior, entre olivos,
luz de arcilla encalada.

La de ese mar de encinas
que puebla Extremadura,
camino de Trujillo.

La ajada de La Habana,
alegre y melancólica;
como Cuba, un veneno.

La limpia, en Guadalupe,
transparente de otoño,
que observé con Alberto.

La luz, la luz, la luz.
De Ángel, de Fernando.
La de mi hermana Lola.

Sí, para otros la sombra.
La del odio, la envidia,
la tristeza, el destierro.

Para mí, sólo luz.
Ese lugar al sol
donde icé mi mañana.

LEYENDO A JIMÉNEZ LOZANO

«... que es sombra de alyso...»

ARCIPRESTE DE HITA

Es la oferta del mundo
que seduce a los hombres
la sombra de un aliso,
nos recuerda el de Langa
que escribió el arcipreste.
Sus promesas no son
sino humo de humos,
sino niebla de nieblas,
vapor de agua de vapores de agua,
dijo Qohelet.
Job, por su parte,
afirmaba en su libro
que la leve brevedad de la vida
es como hierba
que enseguida se agosta
y termina en el fuego.
El de Hita, con todo,
se contenta con eso.
Porque algo es algo.

TRISTEZA

He venido hasta aquí a nombrar la tristeza.
Porque es un sentimiento venerable.
Del hombre, por encima de cualquiera.
Ya lo dijo Szymborska:
«Es triste por naturaleza el ser humano».
Se advierte entre las lágrimas del niño
que lamenta la ausencia de sus padres.
En la turbia mirada del que observa
emboscado en lo oscuro cada miedo.
En ese solitario que se asusta
de la noche y sus fieras pesadillas.
O en el adolescente que confuso
se enfrenta con pavor a sus delirios.
Es la misma tristeza
que siempre ha acompañado
a hombres y mujeres como sombra.
En muchas circunstancias.
A veces sin porqué.
Sin saber ni siquiera desde dónde.
La que se precipita cuando piensas
en lo que al fin y al cabo fue tu vida.

MONTAÑAS

Mi hijo me pregunta
qué miro en las montañas.
Su atracción es antigua.
Como el mundo, diría,
al menos para uno
que recuerda su imagen
remota en la memoria.
Mi pena es que dejara
muy pronto esos caminos
—las trochas, los senderos—
por laderas y cimas.
Tal vez por eso observo
con fundada nostalgia
sus perfiles azules
o sus cuerdas blanquísimas
o, por fin, esos verdes
que los bosques procuran.
Las mira uno pensando
que hay alguien allí arriba.
Un pastor con sus cabras,
un montañero, un guarda,
un cazador furtivo...
Da igual que nieve o no,
que haga calor o frío,
que no vea las cumbres
por culpa de la niebla.
Siempre imagino a alguien
que habita esos lugares
tan solos y en silencio.
Allí donde se roza
el misterio del cielo.

LOS MUERTOS

«Nos movemos hacia el dolor», dijiste.
A veces imagino que mi padre
sigue feliz con su camisa a cuadros
y mil kilómetros siquiera
por delante.

O a su madre, mi abuela, relatando
su triste peripecia adolescente
en el Madrid de antes de la guerra.

O a Feli, que es la otra, cuando cose
y mira la ciudad desde el balcón.

O a la dulce Sofía, la tercera,
que me da un diminuto caramelo.

Me figuro además a mis abuelos,
a los que en realidad no conocí.

Y a tío Pepe, a tía Salu, a *papá Ía*,
gente alegre en mi mundo de tristeza.

Y a los amigos.

A ausentes relativos, como Ángel,
que aún pasea las calles de Lisboa.

Y a Fernando, que lee un original
con la imagen del libro en la cabeza.

Y, entre otros, a Luis Javier, a Dulce
y a Castelo, a Félix y a Vicente,
que siguen sonriendo a su pesar.

A veces conjeturo que no han muerto.

Son tantos los huidos. Sus recuerdos
se acumulan sin ganas de volver.

Tan sólo están ahí. Y me acompañan.

No sería uno el mismo sin tenerlos.

NOCHE

LA noche ha sido larga, como todas. Te acostaste temprano. En varias ocasiones has mirado el reloj mientras un sueño daba vueltas difuso en tu cabeza. No cesaban los ruidos a lo lejos. Ni veías llegar ese momento en que la luz por fin brillara.

De madrugada, los mirlos comenzaron a trinar. Un gorjeo cada vez más intenso. De más complejidad. A ratos, grave. La inspiración daba a ese canto —genuino, ancestral— una mezcla perfecta de habilidad y de misterio.

Al lado, apenas unos metros más allá, alguien también lo oía. Acaso pensara al escucharlo, desde la confusión de su dolor, que era la última. Y esa certidumbre debió de entristecerlo.

Por fin se ha hecho de día. En la ventana, la débil claridad llega anunciando la llegada feliz de otra jornada. Todo será distinto, o eso deseas, a medida que avance la mañana. El sol despejará esas tinieblas que siempre te inquietaron. Noche a noche, la vida. Como un túnel angosto en el que entras. Y del que a veces sales.

TORRE DE LA HIGUERA

Como ese torreón
que se sostiene
en la fragilidad.
Hoy le azota la lluvia
y un viento impetuoso
que destacan
su noble fortaleza.
Parece desde lejos pura ruina
y, sin embargo,
ese montón de piedras
se levanta
como símbolo fiel
de lo que dura.
Contra la adversidad,
frente a la historia.
Está en medio del campo,
que es como decir
en parte alguna.
A la intemperie,
evoca al resistente.
Al que erguido sonrío.
Al que mantiene
enhiesta su figura
pese al pesado peso
de los años.

CANCIONES

Son aquellas canciones
que escuché cuando niño
las que hoy echo de menos.
Han venido de golpe
desde el fondo del tiempo.
Canciones populares
que siempre se entonaban
en las bodas, apenas
se reunían las familias
en torno a cualquier fiesta.
La comida campestre,
un día en algún río,
felices cumpleaños,
romerías de Vírgenes
eran causa sobrada.
También en los viajes
se oían esos cantos
antiguos como el orbe
que acaso simbolizan.
Lo festivo y lo triste
se mezclaban acordes
en sus letras limpiísimas.
Daba gusto escucharlas
al pie de las gargantas
en aquellos veranos
que se fueron con ellas.
Voces de hombres alegres
y mujeres risueñas
que han quedado prendidas
de un recuerdo del eco.

ÉVORA

1

A tres horas, te dices, otro mundo.
Tan cerca, es verdad, pero tan lejos
que acaso una frontera justifique
su posición geográfica en el mapa.
Mientras te acercas, de golpe un espejismo:
ves el mar confundido con el cielo.
De olivos y de viñas el paisaje.
Y ya allí, la lenta ciudad blanca,
detenida y ajena a cualquier época.
Edades sucesivas se levantan
en forma de columnas y murallas.
De plazas, de conventos, de jardines
cerrados al común de los mortales.
Y allí ese viejo claustro
de la universidad que fue colegio,
clausurada a la fuerza por ideas,
razón, por lo demás, de su existencia.
La luz es aquí todo. Reverbera
contra los azulejos que decoran
corredores y aulas y paredes.
Muchachos con sus capas negras cruzan
veloces las arcadas.
Por dentro uno recorre serenos laberintos
que la piedra envejece. Del silencio,
estancias amparadas por la historia.
De todas es en una donde al cabo
te quedarías a vivir: la biblioteca.
Si miras hacia arriba no parece
que sea un sitio cerrado. Las ventanas
acercan el verdor de algunos árboles.

Poblarán con sus trinos esas mesas
donde los estudiantes leen o escriben
sobre maderas nobles que soportan
el brillo artificial de las pantallas.
Aquí te quedarías, cobijado
entre muros indemnes a la prisa.
Pero la realidad se impone. Sales,
vuelves a recorrer ese camino
que cierra tu periplo: grato, breve.
A tres horas en coche de otro mundo.

2

¿Podría otra ciudad
servir de réplica
a la misma en que vives?

Que tuviera murallas
y también acueducto
y plazas porticadas
y restos arqueológicos
y calles tan estrechas
como estas que transitas.

Una ciudad levítica
acompañada al ritmo
de un tañer de campanas,
al del que vaga solo
por rutas laberínticas
que conducen a un centro
que sabemos secreto.

Un lugar melancólico
donde *saudade* fuera
una expresión corriente.

Existe esa ciudad,
aunque sin río,
y en ella encuentras hoy
la tuya sublimada.
Más serena y más blanca.

Misteriosa y, por eso,
envidiable y distinta.

Eres allí ese hombre
que sueña con ser otro;
desconocido para sí,
pero al que sientes
con tanta convicción
como a ti mismo.

CAMPO DE ROBLES EN WAMEL

La guerra ha terminado.
Es invierno. La nieve
se extiende en las praderas.
No hay animales a la vista.
Ni tampoco personas.
Unos robles
—dispersos, deshojados—
marcan distintas líneas.
Las vallas de madera, otras.
En blanco y negro,
señalan un camino,
ciertos límites.
Una suerte de geometría
de la desposesión.
Del abandono.
Acaso del vacío. También,
claro está, del silencio,
si bien en las colinas
diría que aún retumban
los ruidos del combate.
No sabría precisar
dónde termina la tierra
y empieza el cielo.
Ante este paisaje
sólo resta callar.

ASÍ

Así como en el río
vemos plantas y árboles
reflejarse y parece
que sus orillas fueran,
por efecto simétrico,
verde tierra invertida,
en las primeras horas
de este día de julio
la luz, la brisa, el agua
favorecen la idea
de que la vida es dulce,
sereno este vivir
ante el abismo.

LECCIÓN

Qué lección de humildad
aporta en su belleza
el rosal perfumado
que ocupa, junto a otros,
un modesto jardín
al lado de mi casa,
la hiedra que vislumbro
en el patio cerrado
de un antiguo palacio
oculto en Sancho Polo,
la densa buganvilla
—flores color magenta—
que se apoya en un arco
de la sala del agua.

CANDELARIO, 8 DE AGOSTO

Busco el árbol
—concretamente un pino—
donde mi hermano y yo jugábamos.
Una rama arqueada hacía de caballo.
Ya no existe. Esta tarde
dura el olor perenne
a hojas y a resina
en el parque boscoso
y sobre la enramada,
un cielo azul intenso.
Eso no ha cambiado.
Como la arquitectura,
de piedra y de madera.
Ni el pabellón central,
rojizo, de ladrillo.
Arriba, ya en la sierra, las montañas
mantienen, como entonces, su promesa
de nieve y de futuro.

INÉS

La habitación del fondo.
La más oscura.
Tal vez la más pequeña.
Al final de un pasillo
que huele en mi memoria
a tubería.
Y ella en el cuarto.
Menuda y enlutada.
Callada en el silencio.
Negra en lo negro.
Nos acercábamos con miedo
a saludarla.
Apenas si salía
de aquel angosto encierro
que a mí se me antojaba
injusto y triste.
Inés, mi bisabuela,
la madre de Ramón,
la abuela de Ramón,
que era mi padre.
Al besarla, pinchaba.
¿La escuchamos hablar
alguna vez?
Hoy, desde aquella silla
que se pierde en el tiempo
acaso pronuncia estas palabras.

AZUFAIFO

Me conmueven los árboles.
Por lo que son.
Por lo que nos ofrecen
sombra, belleza, oxígeno...
Por su forma
e incluso por su nombre.
El azufaifo, por ejemplo.
Donde trabajo hay uno.
Plantado, al parecer,
por un maestro
que viajó a Tierra Santa.
En septiembre da frutos
oscuros y muy dulces
que encantan a los niños.
Será humilde su aspecto,
pero su nombre esplende.
Por hermoso y exótico.
Dice uno azufaifo
y su boca se llena
de sabores remotos,
de lugares lejanos.

AQUÉL

Aquél que se levanta cada día
y piensa que la muerte se le acerca.
El que triste se afeita distraído
sin más motivación que la costumbre.
Aquél que va al trabajo y que camina
con su turbio pasado a las espaldas.
Quien mira en sus ojeras la razón
que toda sinrazón lleva consigo.
El que ignora que existe la alegría
y el porvenir como estación posible.
Para quien el amor sólo es quimera.
El hombre que a pesar de todo eso
se resigna o se obstina, mas no cede.
Quien resiste sereno a la intemperie.
Aquél que no consigue
ni darse por vencido.

NOTAS, AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIAS

Los poemas que componen este libro han sido escritos en lo que va de siglo, al mismo tiempo que, por ejemplo, *Plasencias* o *Más allá, Tánger*. Poema a poema, cabe precisar. Tal vez sea éste mi libro menos unitario. De hecho, la ordenación es, en general, cronológica.

La mayor parte de estos versos han venido apareciendo en diferentes revistas literarias, tanto digitales como en papel. Doy las gracias a los directores de esas publicaciones, a los que sería demasiado prolijo enumerar aquí, por invitarme a difundirlos.

Agradezco también a Miguel Ángel Lama la atenta lectura del original y sus sabias indicaciones, que, sin duda, lo habrán mejorado.

«A modo de poética» está dedicado a Ricardo Senabre; «Homenaje a María Zambrano», a Antonio Colinas, al que, con motivo del cuarenta aniversario de la publicación de *Sepulcro en Tarquinia*, dediqué «Meditación en Bohemia» (un poema que formó parte del libro colectivo *Bajo las raíces*, coordinado por Ben Clark y editado por La Isla de Siltolá en 2015); «Casas de Azuaga», a Juan Rodríguez Moreno; «En el molino», a Zacarías V. Gómez Álvarez, *papá Ía*; «Una elegía», a José Ángel Valente; «Aquiles», a Javier Gomá; «Aquí», a Vicente Valero; «Postal», a Eloy Sánchez Rosillo, en Murcia; «El lector», a Carlos Córdoba; «Hacia dentro», a Antonio Moreno; «Escalera», a Alberto; «Kardamili», a Dolores Payás; «Noche», a mi vecino Antonio Cano Acevedo; «Canciones», a Antonio Gallego, y «Candelario, 8 de agosto», a mi hermano Fernando. La primera parte de «Évora» es para Antonio Sáez y la segunda para Luis Leal.

«Campo de robles en Wamel» está basado en *Eichenkamp bei Wamel*, fotografía de Albert Renger-Patzsch fechada a mediados de los años cuarenta del siglo pasado.

«Naturaleza pensativa», «Un viaje a Lisboa» y «Homenaje» están dedicados a la memoria de mi amigo Ángel Campos Pámpano; ese «alguien», por cierto, al que se alude en el poema «Fuente de los Alisos».

La primera vez que se publicó «La luz», en *Aire por aire. A Santiago Castelo* (Vberitas. Don Benito, 2015), edición al cuidado de Juan Ricardo Montaña, iba acompañado de esta nota: «Un poema no se explica. Malo si es necesario hacerlo. No obstante, me permito un par de

puntualizaciones. Que éste quiere ser, a su modo, un poema póstumo de Santiago Castelo. No tanto por sus palabras y su tono, indefectiblemente mío, sino porque está inspirado en lugares y versos suyos. Ojalá su espíritu prevalezca. Y que los nombres mencionados se refieren a los apellidos, claro está, Campos Pámpano y Pérez González, nuestros queridos amigos muertos. Alberto es mi hijo y conoció a José Miguel el día de su cumpleaños, un 26 de octubre, en la Puebla.

Sí, Castelo fue un hombre luminoso, nada sombrío. De ahí este homenaje. Dedicado a cuantos tuvieron la suerte de conocerlo».

Por desgracia, ya se ve, algunos de estos ofrecimientos son *in memoriam*. Lástima.

El cuarto del siroco
Álvaro Valverde

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: dibujo de Salvador Retana realizado especialmente para este libro. © Salvador Retana, 2018

© Álvaro Valverde, 2018

Esta obra ha recibido una ayuda del Fondo Antonio López Lamadrid

FONDO ANTONIO
LÓPEZ LAMADRID
DE APOYO A LA CREACIÓN LITERARIA

© Tusquets Editores, S.A., 2018
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-9066-609-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

